

PITOCRÓNICA 2017

Antonio Botías

Te he buscado entre la algarabía de pasacalles que prendían la primavera, entre un revuelo de capas y trajes de mil colores, en la rutina de las calles murcianas. Pregunté por ti a tantos amigos sardineros mientras coloreaban, con pasodobles y batucadas, cada palmo de esta ciudad que se rendía a sus bailes y a sus bromas, a los abrazos de cuantos a ellos se acercaban porque sabían que, cuando se anuncia el Entierro, son los custodios de la esencia y la murcianía.

Te busqué, sardinero antiguo, en el traqueteo del carrito, que tanto sacia la sed, por si acaso andabas, como tanto te gustaba, comprobando que nada faltaba a los tuyos, a tus compañeros de grupo, esa familia improvisada a golpe de abrazo. Fue en vano. Incluso creí verte en el balcón de la Glorieta, cuando el testamento, o quizá eras tú quien observaba el castillo de fuegos artificiales. O acaso el que enarbolaba las banderas, el que vestía el traje de hachonero, hasta aquel que conducía esa carroza que traqueteaba puente abajo. No logré encontrarte siquiera, como a ti te gustaba, hecho un señor, que siempre lo fuiste amigo mío, lanzando juguetes y balones, como los que cada año, con precisión inaudita, caían en mis manos y encendían los ojos de admiración de tantos niños murcianos como en improvisado encuentro de Sardinillas.

Yo quería encontrarte, como cada año, en cualquier esquina hacia donde me acercaba al oír un revuelo como de charamita improvisada, para volver a abrazarte y que buscaras en tu macuto esos regalos que, aunque tan poco valían, eran auténticos tesoros de amistad para quien los recibía. Y yo seguía las miradas encendidas de los niños Trapería abajo, Trapería arriba, en los grupos que daban cuenta del gran aperitivo sardinero en Las Flores, que huele a aroma de pasteles de carne crujientes, en las mozas que improvisaban contigo unos pasos de baile, en el bamboleo de tu capa por Alfonso X y en el destello de esas gafas de luces que tanto cachondeo impregnaban en tu cara, tú que eras todo el año tan serio, todo al año soñando sardineras.

Y cuando desistí, apenado de no encontrarte, cuando el gran Entierro enfilaba la Gran Vía, que se derretía entre miles de sonrisas y esa avaricia sana por atrapar un juguete al vuelo, entonces te encontré, sardinero antiguo que la edad y jamás el ánimo te apartó de esta grande fiesta. Y te hallé entre el humo de esos hachones que eran aroma puro de juerga desatada, allí sentado con tus nietos en primera fila, cuajados los ojos de lágrimas al paso de los abanderados, del tan poco fiero dragón, de las comparsas de carnaval, de los gigantes y cabezudos... Y entonces me viste y, cuajada tu mirada de lágrimas, al fin pude darte ese abrazo que cada año, en cada tiempo y en toda situación, siempre nos dimos.

Tú me guiñaste un ojo, como a tantas guapas murcianas, y de tu bolsillo sacaste un pito, este mismo pito que en esta noche mágica preside mis sentidas palabras. Y luego miraste a tus nietos y sonreíste y en tus pupilas reverberaban tantos Entierros, tantos pasacalles, tantos Testamentos, tantos Velatorios, tantos fuegos de madrugada junto al Puente Viejo que lo reconozco, sardinero de madrugadas de aromas a pólvora, yo descubrí en tu rostro orgulloso todo el desfile y te prometí, como ahora cumplo, que en esta noche dedicaré mis palabras a todos aquellos que hicieron grande esta grande fiesta, a cuantos estuvieron con nosotros y ya duermen el dulce sueño de Morfeo, a cuantos nos precedieron en ensalzar Murcia cada año vistiendo el uniforme de primavera, que es el traje sardinero. A ti y a cuantos desde el Olimpo nos acompañáis esta noche, quiero rendiros mi homenaje y el de cuantos me escuchan.

Bienvenidas Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,

Bienvenido Señor Presidente de la Agrupación Sardinera de Murcia, querido amigo JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ LOPEZ.

Bienvenidos Miembros de su Comité Ejecutivo. Señores Presidentes de los Grupos Sardineros.

Bienvenida DOÑA SARDINA, ALICIA HERNÁNDEZ

Bienvenido GRAN PEZ, ALFONSO LOPEZ RUEDA

Bienvenidos Sardineras y Sardineros. Señoras y Señores.

Querido presidente sardinero, sepa vuestra merced, como diría Quevedo, que rindo ante usted mi pito aunque usted lo tiene tal, que podría prestárnoslo a todos y aún sobraría. No otra cosa evidencia el alto honor que me dispensa y que merezco, porque negarlo sería tanto como asegurar que ha sido usted injusto y yo un desagradecido al afirmarlo. Aunque, eso no huelga para reconocer que hay murcianos que merecen mucho más el grande honor de pregonar las fiestas que se avecinan. Por ejemplo, cuantos esta noche atienden mi intervención.

Es por ello que agradezco con el corazón a la Agrupación Sardinera, a su recién estrenado Comité Ejecutivo y a todos los sardineros este nombramiento que quedará grabado a fuego de hachón y bengala en mi alma hasta el Entierro definitivo.

Harto trabajo he tenido, siempre pito en mano, con la complicación que eso supone, para componer estas palabras después de que mi querido maestro, Alberto Castillo, me precediera el año pasado en tan pitocrónicas lides.

Tiempo ha que vengo pensando cómo ante este principal auditorio podría recrearme en hablar de tan alta materia como es el pito, y más si se trata del propio, compañero inseparable y que nunca me ha faltado, ni Dios permita nunca que me falte, en tantos jolgorios y algún patinazo, pues no hay pito en el mundo que alguna vez, contra la voluntad de quién con ahínco sopla y sopla, suene más a cencerro cascado que a potente silbato.

El pito, en su humilde estructura, podría compararse con el cerebro mismo. Piensen, por ejemplo, que no hay filósofo, ni sabio, ni genio, ni rey, ni pordiosero, ni incluso místico que alguna vez en su vida... ¡no haya pensado con el pito! Y en todos los casos, eso sí, con fatales consecuencias, pero menores que si con el trasero lo hubiera hecho, que también muchos, atiendan las noticias y verán que no les miento, con aquel noble órgano suelen pensar a menudo.

¿Dónde han visto señores, en cambio, que el cerebro pueda aliviar el cuerpo con la diligencia que lo hace el pito? Basta con tomar aire y soplar, las más de las veces mirando al cielo raso, para sentirse uno aliviado de tensiones y pesares. Y lo mismo sucede con los ojos, que en buscar la

belleza donde recrearse pierden horas y días y a veces años mientras el pito, práctico y menos tiquismiquis, en más de una ocasión ciega la visión y convence al intelecto de aquello que decía el refrán: estando sabroso el frito, el plato importa un pito. Lo que evidencia que, en cuestiones gastronómicas, podría escribirse un tratado de usos y costumbres del pito, tratado que este cronista, de natural desprendido y humilde, no piensa abordar, pues hay otros paladares académicos más expertos en la teoría y acaso en la práctica de tan curiosa materia.

El cuerpo puede vivir sin muchos órganos y hasta sin vergüenza, como es tan común, pero no sin pito. Se puede existir sin hablar, aunque para muchos sea insuperable no decir tonterías a cada palabra, y también es posible la vida inteligencia... y hasta sin un carguico público, cosa harto complicada, pues sabido es que cuando el pito y sus nobles convecinos se aposentan en el sillón, es tarea increíble que lo abandonen con gusto.

Pero miren, no es posible andar por el mundo sin pito porque, en negándose a realizar su función, si por mucho soplar a nada suena, el cuerpo se colapsa y uno se siente como sardinero en la plaza de Las Flores, en todo el golpe del mediodía del sábado, sin un aseo libre donde apaciguarse sin aguardar una interminable cola. O, al revés, cuando el pito se empeña en sonar a destiempo y a todas horas del día, y ni les digo en la madrugada, causa una desazón similar a la del hachonero novato que, se ponga como se ponga, todo el humo acaba en su cara. Lo que me recuerda aquella máxima que reza: Nene, cuando el pito va al... sardinero llega la alegría

Pitos hay de todas clases, es cierto. De plástico y de mil colores, de madera y agradables al tacto, de acero y fríos como la mañana que sucede al Entierro. O de bronce, que es el que luce el Monumento al Sardinero.

Unos largos divertidos, como el desfile del sábado más bello que Murcia imaginar pudiera; otros más pequeños, para que engañarse, más igual de apaños. Afilados aquellos, estos de puntas romas, esotros de cerámica en forma de pajaricos. Hay, incluso, pitos siempre denostados. Piensen en aquel que se invoca al exclamar: ¡Eso me importa un pito! Como si el pito no tuviera su sensibilidad, oigan. O el pito del sereno que, a ver, ¿qué pijo,

que es pito en murciano, nos ha hecho el pito del sereno? O el del policía municipal, que al escucharlo pregona una multa, o el del árbitro, que antecede a mentarle sus castas todas, y hasta hay pitos que placen y mucho a los curas, que en esto del pito cada cual tiene el suyo, desde el alcalde al presidente y al obispo, pues todos alguna vez se han puesto uno en la boca, por más que ahora disimulen. Pongo por caso de pito eclesiástico y hasta bendecido con incienso, las bocinas de las cofradías o aquellos que hacen sonar trompetas y otros instrumentos que entonan marchas pasionarias.

Pero entre todas las clases imaginables de pitos solo hay uno que las supera en originalidad y belleza: el pito sardinero. El pito sardinero es la banda sonora de la primavera murciana, que es algarabía de juguetes, de pitos que son abanderados de la guasa, cuyo sonido iguala a todos bajo el traje de encendidos colores y son capas al viento de azahar que acarician la urbe y convocan a los dioses del Olimpo, porque el Olimpo fue antaño Murcia, para retornar y mezclarse con nosotros y reclamar la raspa de la Sardina, cuando las gentes vienen de quemarla en Martínez Tornel, que cantara Galiana, aquel que dijo: “Un pito y una espada es un tesoro”.

El pito sardinero comienza a sonar un jueves, cumplida la Semana Santa y el natural ayuno de pitos, que por nadie pase. Será entonces cuando Murcia, al son de charangas que entonen pasodobles, recree al mundo con esa catarata de regalos que solo los sardineros sabéis ofrecer, rendidas las calles del centro al peculiar Entierro que se avecina.

Porque en Murcia se dice Entierro y no hace falta decir que es el de la Sardina. Porque en Murcia escribimos Velatorio y se lee Velatorio sardinero.

La ciudad aguarda la llegada de la sardina a golpe de ópera improvisada de pitos. Y este año llegará de donde mejor aire marineró podría acercarnos, de las manos de mi amiga Visitación Martínez, alcaldesa de San Pedro del Pinatar, entre aromas a arenales y salinas, a caldero, a Mar Menor de aguas cristalinas... ¡Está bien, a Mar Menor de aguas un poco más cristalinas que antes! Enhorabuena por el honor de acercarnos lo que más deseamos en esos días de jolgorio, diversión y regocijo.

Comparte San Pedro con Murcia aquella descripción que hiciera Jorge Guillén, aquel que tanto amaba esta Huerta de Europa, cuando imaginó, prendado de su claridad, cómo la urbe era “clara de colores calientes, de piedras tostadas, color de cacahuete tostado. Y notas deliciosas de luz”. Luz que reverbera en mil colores. No en vano, el irlandés e hispanista Walter Starkie llamaba a sus recuerdos sobre el Entierro “escenas de caleidoscopio”.

Y también luz que se tornará en palabras vibrantes cuando Doña Sardina, a la que hogaño no han de faltarle elegantes trajes que vestir, lea el Testamento. Querida Alicia Hernández, debes saber que este año se cumplen tres décadas desde que los sardineros eligieran a su primera Doña Sardina, que fue la periodista Ana Romero, como también lo fue la última hasta hoy, mi querida colega y amiga María Pina, a quien me encontré el pasado Entierro camino del desfile y tras felicitarla me confesó: “No sabes Antonio qué feliz me han hecho”. Esta noche, María, te aseguro que experimento lo mismo, esa satisfacción que habrá sentido otro amigo, el pintor Antonio José Buendía, autor del espléndido cartel que resume la esencia de esta fiesta.

Estimada Alicia, desde las alturas del balcón de La Glorieta, a pocos metros del Catafalco donde se enseñoa la Sardina, representarás a tantas sardineras que en los últimos tiempos se han ido sumando a la fiesta, como aquellas del Grupo Mercurio que, hace ahora cuarenta años, engañando a sus maridos para sorprenderlos, se presentaron en el desfile vestidas de luto riguroso: eran las primeras plañideras de la Sardina. O la concejal Mari Carmen Lorente, la primera murciana que subió a una carroza. Y subió no como aquellas que antaño daban colorido carnal al desfile, sino para lanzar miles de juguetes. El único aplauso que les reclamo esta noche es para ellas, para tantas Doñas Sardineras como han engalanado esta fiesta: María José Montesinos, Adelina García, Tati García, Ana de la Cierva, Eukene Morcillo, Carmen Castelo, Eva Abril, Isabel Silvestre, María José Alarcón, Nieves Barnuevo, Pepa Anierte, María José Besora, Marta Valverde y tantas otras... Y todas han sabido luego, además, contarlo con maestría en La Verdad y en La Opinión, en la

7Televisión, a cuyos televidentes envió también un saludo afectuoso porque sé que nos están viendo, o en nuestras radios.

Querida Alicia, tengo que confesarte que cuando escribía estas líneas, sentí sobre mi cogote una mano que lo apesaba y una voz que me decía: ¿Cómo tratas a Alicia? ¿Qué dirás de ella? Esa mano era la de mi amada esposa, quien me advirtió de que no se me ocurriera, ni por fundación, expresar otra cosa que mi reconocimiento. Porque ella, que no es tan famosa como aquellas a las que tan bien vistes, resulta una apasionada de Dolores Promesas. Yo la miré asustado y le dije: En mi Pitocrónica como en casa, mando yo... ¡Y por eso aquí se hace y se escribe... lo que tú quieras! Tengan en cuenta que andaba con el pito en la mano y en tales circunstancias quisiera ver yo qué hacía el más valiente de los sardineros.

Hablando de valentía. Para organizar las fiestas sardineras y, si ustedes me permiten la expresión pues aquí estamos en familia, hay que echarle huevos a la cosa. Eso me plantea una duda: ¿Quién es el que más huevos tiene en Murcia? Pues quizá el que más posee de toda la Región, cuando no de la España entera, salvo opinión más avisada, es el flamante Gran Pez, don Alfonso López Rueda.

No en vano dirige con acierto un grupo dedicado, entre otras cosas, a la fabricación de exquisitos postres cuyo ingrediente principal e indispensable, como saben, son los huevos. Para que se hagan una idea de su producción diaria. Todos y cada uno de los murcianos, que son un millón y medio, podrían comerse dos postres suyos cada día. Pues cada jornada logran fabricar casi tres millones de ellos.

Muchos huevos, mucha ilusión, mucha excelencia, sin duda, hay que tener para ser líder en su sector y para darle empleo y sustento a más de medio millar de personas repartidas por todo el mundo. Enhorabuena Alfonso por esta distinción que se suma a las muchas que atesoras, aunque bien sé que tu mayor posesión y empresa es tu familia y su legado: 92 años, 92 años desde que fundarais la empresa dando ejemplo, desde mi querida Caravaca de la Cruz, de esas palabras que tú mismo dijiste en una ocasión: “Es necesario transmitir a las nuevas generaciones los valores que han de prevalecer en nuestra actividad en la empresa: responsabilidad, confianza,

compromiso, respeto, honestidad, gratitud, esfuerzo y justicia". ¿Son o no son valores sardineros?

Queridos sardineros. Yo esta noche quisiera erigiros un monumento de palabras porque solo evocar vuestra imagen por las calles despierta en mi alma los recuerdos de la niñez, de aquellos desfiles cuando, aún antes de pasar los abanderados con su locura de insignias al viento, Murcia era ya un revuelo de gentes ilusionadas, de aromas a pasteles de carne y latas de cerveza, de la Estrella, claro, de meriendas improvisadas, de trasiego de carritos de globos, de gitanos fiscalizando sillas cual inspectores de Hacienda, de impaciencia de grandes bolsas vacías que uno esperaba llenar, de reencuentros con tantos amigos que no entendían ser murcianos sin estar ese sábado a pie de calle aguardando vuestro paso.

Porque tened clara una cosa. Sardineros somos todos. Vosotros, como garantes de tan noble rito. Y hasta el último murciano, con solo serlo. ¿Quién se atreve a negar esta afirmación?

¿Acaso no vibramos todos durante tantos años recorriendo las calles junto a vosotros, compartiendo vuestra generosidad de brazos abiertos, de sonrisa siempre dispuesta, de pasos de baile improvisados, de pies cansados pero alma encendida? ¿Acaso no os acompañamos camino de La Glorieta para ser testigos de la Entrega, repitiendo a cada verso de Doña Sardina desde el balcón las últimas sílabas, emocionados ante los fuegos de artificio y el Himno a Murcia resonando por doquier?

¿No han explotado de ilusión las primaveras de la infancia al recorrer la ciudad de la mano de nuestros mayores para encontraros, para aguardar el paso del Entierro con los ojos asustados por el Dragón de Conte, divertidos ante los granaderos y sus cuchillos y tenedores, risueños al paso del grupo de patos y pitos, alucinados ante la belleza de los Carnavales que se suman al desfile, orgullosos de la chirigota de Beniaján y sorprendidos, asombrados al contemplar cómo nuestros padres y madres, gente tan recta todo el año, enloquecían entre la multitud por atrapar al vuelo un juguete?

¿No se llenan los ojos de todos los murcianos de lágrimas al experimentar la alegría que contagiáis, siempre generosos con cuantos se acercan a

degustar esos últimos instantes de la fiesta? ¿No se han alzado nuestras manos al paso de las carrozas, sintiendo que es cierto, que es verdad que el Olimpo es un sábado ya caída la tarde en Murcia? ¿No hemos disfrutado de la compañía y originalidad de los Cabezudos?

¿No hemos alzado los pañuelos en tantas Pitocrónicas, en tantas comidas y cenas sardineras donde en todo momento nos habéis hecho sentir como auténticos sardineros contagiados de ese espíritu de jolgorio y generosidad que os invade?

Por eso tengo que concluir que el alma de cuantos nacimos en esta tierra es tan sardinera que no concebimos la llegada de estos olores de azahar si en las calles no os encontramos y nos reencontramos con lo que es obligado para todo murciano que se precie: reconocer que cuando paseáis vuestra ilusión por Murcia no solo la colmáis de alborozo, de arte, de tradición y de historia. Además, renováis la esencia de lo que significa ser hijo de esta amada ciudad. Y quien no sienta eso, a quien el alma no le dé un vuelco al descubriros en cada esquina, a quien el corazón no se le acelere con los primeros grupos de la cabecera del Entierro, no merece llamarse murciano. ¡No merece llamarse murciano!

A mí, lo reconozco, me marcó mi infancia el convencimiento de que había una noche en esta bendita ciudad, donde apenas llueve nunca, que llovían juguetes. ¿Habrá juguetes en el mundo? ¡Claro! Casi, casi tantos como chinos donde comprarlos, carajo. Pero los murcianos queremos recibirlos de vuestras manos. Y tanta ilusión solo fue superada cuando contemplé la felicidad de mis hijas en su primer desfile. ¿Cómo os podré pagar el júbilo que inundaban sus rostros maravillados? ¿Cómo valorar la alegría que las colmaba de vuelta a casa, aferradas a sus enormes bolsas repletas de pistolas de plástico, de espadas, de balones, de peluches, de gominolas... Regalos cuyo valor, si lo medimos con la dicha que causa a los más pequeños, sería incalculable.

Gracias familia sardinera porque, al margen de la diversión y la algarabía, que son inmensas, lográis forjar a fuego de Marte tantos recuerdos en los corazones de esos diminutos murcianos. ¿Existe en el mundo un desfile que uno pueda disfrutar con los niños mientras lo son pero también

cuando crecen pues hasta el más anciano retorna por unas horas a su infancia? ¿No es acaso ilusión sardinera la que tu Alicia pones cada día en mantener a Dolores Promesas como una firma de altura, elegancia y belleza como la torre de nuestra Catedral que te vio crecer? ¿No es ilusión sardinera la que tú Alfonso despliegas cada día por mantener la exquisitez y renombre de tu marca que iguala en sabor y tradición a la hermosura de los caminos que llegan a la Vera Cruz?

Vosotros, amigos sardineros, sois la sal de esta tierra que al llegar la primavera colmáis la ciudad de fiesta, de bullicio y de ilusión.

De Aquiles tenéis el valor de sonreír a esta vida al son que os marca Apolo entre bailes de alegría. Y de Baco el buen gusto por beberos sin medida toda la esencia que Murcia al visitante destila. De Centauro la potencia de aguantar las agujetas desde la noche hasta el día y de Ceres el orgullo de tan noble huertanía. Hechizos de Centro Brujo para las mozas altivas, de Eros la picardía, de Júpiter la gallardía, y de la noble Diana la certera puntería de ir propinando besos que cautivan mil sonrisas.

De Hércules tomáis la fuerza para cruzar la Gran Vía lanzando juguetes al viento como rayos de armonía. Aunque más tarde os duelan los brazos durante días, aunque ni Mercurio sepa qué costó la algarabía. Aunque Polifemo rabie al ver su despensa vacía. Porque otra cosa no haréis, pero coméis como limas. Con Marte tenéis la fuerza de arrollar toda rutina y de Momo el buen humor de con risas combatirla. De Morfeo el resistir quebrada la amanecida pues es vuestro sueño el sueño de tanta chiquillería. De Selene esa luz que toda alma ilumina, prendida de fuego y pólvora y de hachones encendida, que hasta Plutón resplandece y a su inframundo encandila.

Y de Neptuno, las lágrimas saladas de la Sardina cuando arde el Catafalco ante la multitud rendida, que es el Valhalla de Odín teñido de murcianía. Vulcano os regala el fuego que enciende nuestras pupilas, fragua de pitos y espadas cuando el desfile culmina y arrojáis cascos y gafas a las llamas que crepitan. ¿Habrá conocido Palas tan grande sabiduría, de purificar el alma de pañuelos sacudida? ¿Podrá Saturno frenar el paso de la charamita o acaso el ritmo que lucen tantas capas coloridas?

Y por fin, amigos míos, rendido el Olimpo de dicha, hasta a Ulises superáis en esta Odisea bendita que cada año compone mi Entierro de la Sardina. Sin vosotros no habría Murcia, y sin Murcia primavera; sin primavera, alegría; y sin alegría el mundo nunca jamás comprendiera que si existe la felicidad, es felicidad sardinera.

Acabo, pito en mano, como comencé. Y, saltándome todo protocolo, me van a permitir que pronuncie, con todo mi corazón, el más grande elogio que este cronista podía dedicarles:

Sardineros! Sardineras!

Pitada